GUERREROS MEDIEVALES

La conquista musulmana de la península Ibérica

Soldado de infantería omeya, h. 872

MWE020



OSPREY
PUBLISHING

La conquista musulmana de la península Ibérica

"Por Dios y por la riqueza"

El norte de África y la península Ibérica llevaban varios siglos de declive económico y cultural antes de que llegaran los árabes a comienzos del siglo VIII. Sin embargo, algunas de las antiguas carreteras romanas estaban en condiciones de uso, y los barcos mercantes aún surcaban el Mediterráneo en pequeño número. Las islas mediterráneas servían como pasarela a lo largo de las rutas marítimas, y fue la civilización islámica la que dominó la mayor parte de estas islas entre los siglos VIII y XI.

Durante las campañas de los árabes en el norte de África y en la península Ibérica, la fuerza naval desempeñó un papel fundamental; de hecho, a raíz de las pérdidas sufridas en la flota del califato Omeya en su intento de conquistar Constantinopla en 717, los ejércitos árabes de la península estuvieron en serio peligro de quedar aislados. Igualmente, el declive del poder naval de los nazaríes en el siglo XV y la pérdida de Gibraltar jugaron un papel muy importante en la caída de la Hispania árabe.

La época de la expansión musulmana

La espectacular irrupción del pueblo árabe tras adoptar la fe musulmana en el siglo VII sigue siendo uno de los acontecimientos más extraordinarios de la historia. A comienzos de siglo, Arabia era un territorio dividido, devastado por las guerras mantenidas contra el antiguo Imperio romano y Persia. En el transcurso de un siglo, los árabes llegarían a dominar un estado que se extendía desde el Atlántico hasta la India, desde el norte de África y España hasta el sur de Arabia y Asia Central, lo que comprendía un área mucho mayor que la del Imperio romano.

La combinación de condiciones favorables ofreció una oportunidad a los árabes que supieron aprovechar rápidamente. Un factor de suma importancia fue la unificación de los pueblos árabes por parte del profeta Mahoma bajo la ley musulmana. En vida del profeta, el Imperio sasánida de Irán e Irak y el Occidente romano, o Imperio bizantino, lucharon entre sí hasta la extenuación, con la victoria final de los bizantinos. Quizá, también el declive de las tradicionales rutas comerciales árabes proporcionara un motivo más para la expansión. Tras su muerte en 632, Mahoma fue sucedido por Abu Bakr, el primero de los califas Rashidun [*NdT* los califas "ejemplares" u ortodoxos], que codificaron las leyes musulmanas de la guerra.



Una figura bíblica mata a una serpiente en esta escena del Beato mozárabe de Tábara, de 970. El jinete lleva una especie de turbante que cubre el almófar. La túnica de manga larga va abotonada por delante, al estilo persa, y debajo de ella debería vestir la cota de malla. (Museo de la Catedral, Gerona).



Dos detalles de una caja de marfil tallada y fabricada en Cuenca en 1026, probablemente para algún miembro de la aristocracia árabe-andaluza. El trabajo es simple pero muy realista, y muestra a un jinete que monta sobre estribos de cuero cortos. Lleva una túnica o armadura acolchada con algún material blando. El arquero viste una cota de malla de manga corta. Porta el tradicional arco largo de la infantería árabe y lleva las flechas ceñidas al cinturón. (Museo Arqueológico, Burgos).

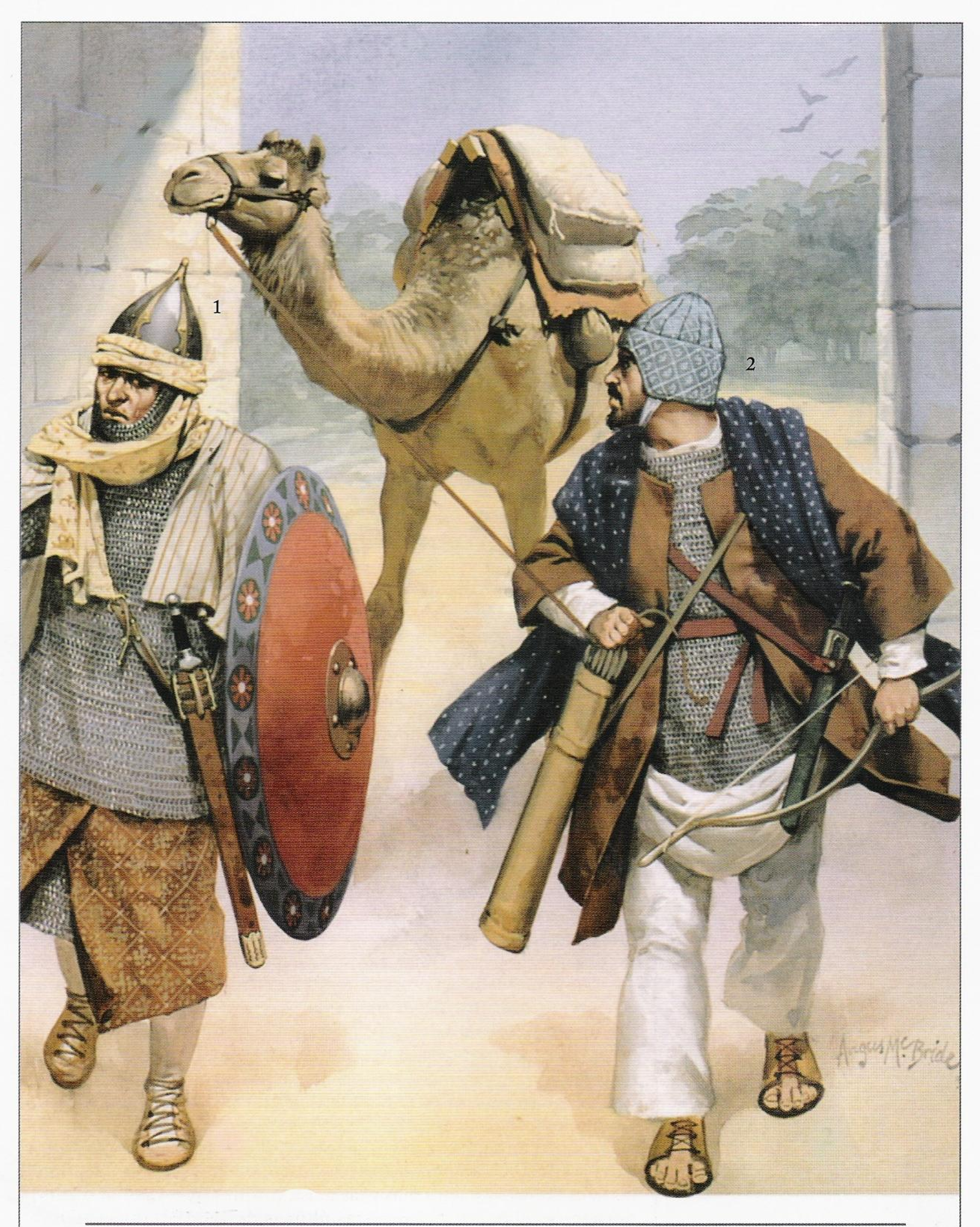
Una de las características que más llaman la atención de los conflictos islámicos durante el califato Rashidun y, posteriormente, del Omeya son las enormes distancias recorridas, en ocasiones, por los ejércitos musulmanes. Estas campañas eran ambiciosas empresas que requerían una planificación a gran escala. La invasión musulmana de Hispania entre 711 y 718 fue una notable campaña de larga distancia que llevaron a cabo 15.000 soldados de los ejércitos provinciales islámicos que ya tenían su base en el norte de África.

Sus enemigos eran los reyes visigodos que habían gobernado Hispania durante 300 años, pero cuyo poder empezaba a declinar. Poco se sabe del ejército visigodo de principios del siglo VIII; sin embargo, sí es probable que las tradiciones militares romano-bizantinas en materia de caballería pervivieran con más fuerza en Hispania que en cualquier otro estado germánico de la Europa occidental.

En el transcurso de una década los ejércitos omeyas se habían hecho con el control de toda la península Ibérica y se habían adentrado en el sur de Francia. Parece ser que muchos ex integrantes del ejército visigodo apoyaron a los conquistadores participando en las incursiones al norte de los Pirineos contra sus antiguos rivales los francos. Estas incursiones marcaron el momento álgido de la expansión islámica en Occidente. El limitado potencial humano de los árabes, que ya había proporcionado la fuerza principal a los primeros ejércitos islámicos, ya no daba más de sí; las tradicionales técnicas de combate musulmanas resultaban inadecuadas en un clima y un terreno tan diferentes, y los árabes tampoco deseaban asentarse en las húmedas y boscosas tierras al norte de los Pirineos. Pero, sobre todo, el núcleo del califato estaba inmerso en una crisis política. Así pues, la conquista de Hispania supuso el límite de la expansión musulmana en Europa occidental.

En 750, el califato Omeya de Siria fue derrocado por una nueva dinastía, los abasidas, cuyos intereses estaban en Oriente más que en Occidente. Un príncipe omeya que acabó siendo depuesto, Abd al Rahman (Abderramán), estableció posteriormente una dinastía omeya independiente en Córdoba, que si bien resultaba provinciana comparada con la sofisticación de Damasco y Bagdad, era mucho más avanzada que cualquier otra de Europa occidental. De ese modo, entre mediados del siglo VIII y principios del XI, la península Ibérica, a la que los árabes llamaron al Andalus, albergó una brillante civilización de cuyo desarrollo y gobierno fueron responsables los califas omeyas de Siria.

En términos militares, Córdoba se convirtió en una superpotencia regional, si bien no se esforzó mucho por conquistar a sus vecinos. Las principales ciudades estaban en el sur o en el valle del Ebro, y coincidían con los núcleos de al Andalus, tierras donde se desarrolló una agricultura intensiva por medio de sofisticados pero vulnerables sistemas de regadío, mientras que las vastas mesetas centrales se destinaron al ganado. La distinción económica y militar entre los centros urbano-agrícolas y las más duras zonas fronterizas o *thughur* supuso que la gente de estas últimas desarrollara su propio carácter, que compartían, hasta cierto punto, con los habitantes del valle del Ebro asentados muy cerca de los belicosos reinos cristianos de los Pirineos. Sin embargo, una vez que se estableció una frontera entre la Hispania musulmana y cristiana a finales del siglo VIII, el territorio apenas cambió de manos en casi 300 años. Los conflictos bé-

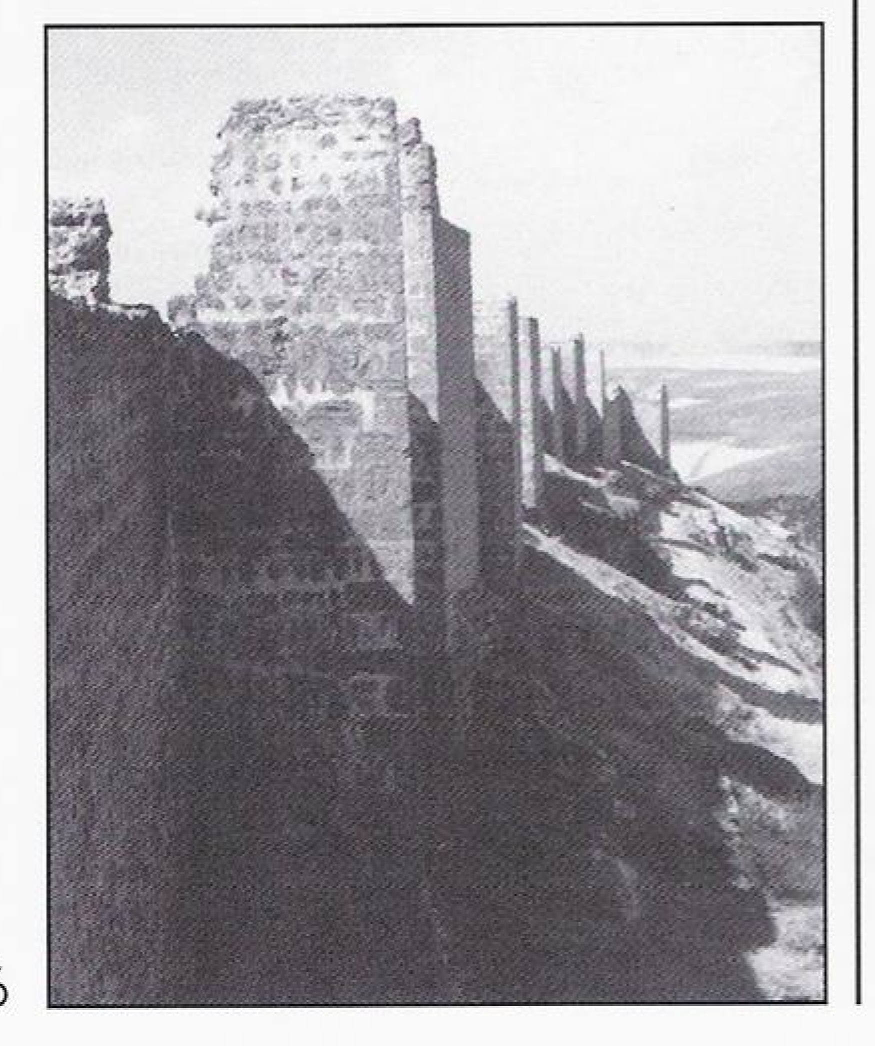


(1) Guardia omeya. El casco de hierro y bronce de este soldado de élite es de fabricación iraní o iraquí y está basado en un modelo de Asia Central. Las tres trabillas que sirven para fijar la vaina a la bandolera están basadas en un fresco de mediados del siglo VII. (2) Este arquero omeya lleva un gorro acolchado que oculta el casco. Su otra protección es una camisa de malla. Viste los pantalones militares *sirwal*.



Entrada a un pasadizo que conduce desde el centro del *qasr* de Mérida hasta la cisterna que hay en el sótano. Los relieves son visigodos y fueron reutilizados durante el periodo de ocupación árabe. La fortaleza fue construida durante el reinado de Abd al-Rahman en 835, y es uno de los primeros ejemplos de la arquitectura militar árabe-andaluza. (Fotografía del autor).

Aquí vemos parte del voluminoso castillo de Gormaz, levantado para hacer frente a la primera oleada de ataques cristianos durante el siglo X. Esta enorme defensa custodiaba uno de los principales pasos a través de la sierra de Guadarrama y era la primera línea de la resistencia andalusí frente a la conquista cristiana. (Fotografía del autor).



licos se limitaban, normalmente, a ataques y contraataques en los que una minoría de soldados profesionales solía vencer fácilmente a enormes grupos de reclutas.

El verdadero núcleo de al Andalus era el valle del Guadalquivir, con sus magníficas ciudades. Con la implantación progresiva de los sistemas de regadío y la adquisición de más tierras, los omeyas de Córdoba también vieron crecer sus ingresos y su potencial humano. Ciudades como Córdoba o Sevilla no tenían parangón en Europa occidental; pero estaban muy densamente pobladas, de modo que dependían de los productos de las huertas de regadío que se encontraban al otro lado sus murallas. Si el enemigo se hacía lo bastante fuerte podía saquear estas despensas de la ciudad y someterla bajo la amenaza de hacer morir de hambre a sus habitantes.

Los mismos andalusíes tenían orígenes muy variados. La pequeña élite árabe se había casado con otras gentes, incluso con hispanos, desde su llegada. Los bereberes seguían siendo el grupo más numeroso, por delante de los judíos, cuya influencia era considerable. En una sociedad caracterizada por la tolerancia religiosa y racial, los descendientes de los esclavos africanos y europeos estaban plenamente integrados; pero la más numerosa comunidad musulmana era descendiente de los hispanos autóctonos. Llegado el siglo XI, estos grupos se habían fusionado para dar lugar a los nuevos andalusíes. El árabe era el idioma del estado, de la religión, de la cultura y del comercio, pero, en los hogares, muchos, incluidas las élites gobernantes y militares, hablaban aljamía o romance (lengua que derivaba del latín pero que aún no era español). Entretanto, la numerosa comunidad mozárabe (cristianos nacidos en territorio musulmán) también utilizaba el árabe fuera de casa y el romance dentro.

Desde el siglo IX en adelante, al Andalus compartió los nuevos avances científicos producidos en todo el mundo islámico, de lo que se derivó una actitud experimental hacia la tecnología, sobre todo en las guerras de asedio, en la metalurgia, en la construcción de barcos, e incluso en un intento de volar.

Con la caída del último califa omeya de Córdoba, en 1031, el al Andalus islámico empezó a desmoronarse. Las unidades bereberes se enfrentaron a las tropas de origen esclavo y a los andalusíes autóctonos, lo que dio lugar al surgimiento de los reyes locales, y al inicio del periodo de los reinos de taifas.

Los musulmanes habían sido mayoría en al Andalus desde mediados del siglo X y daban por hecho que seguirían siendo militarmente superiores. No fue hasta que los cristianos conquistaron el reino taifa de Toledo en 1085 cuando se dieron cuenta de que sus diminutos estados eran incapaces de defender al Andalus. Posteriormente sufrieron la ocupación de los almorávides bereberes saharianos, de la que sólo escapó Zaragoza, gobernada por la dinastía Banu Hud (o hudí). Aquí sobrevivieron las costumbres básicamente europeas propias de Andalucía. En 1147 los almorávides fueron sucedidos por la segunda dinastía bereber, los almohades procedentes de Marruecos.

El siglo XIII resultó especialmente catastrófico para los árabes en Hispania, pues se vieron incapaces de contener la Reconquista cristiana. Los almohades sufrieron una derrota decisiva en 1212 en la batalla de Las Navas de Tolosa, que significó el principio del fin de la dominación árabe en España.



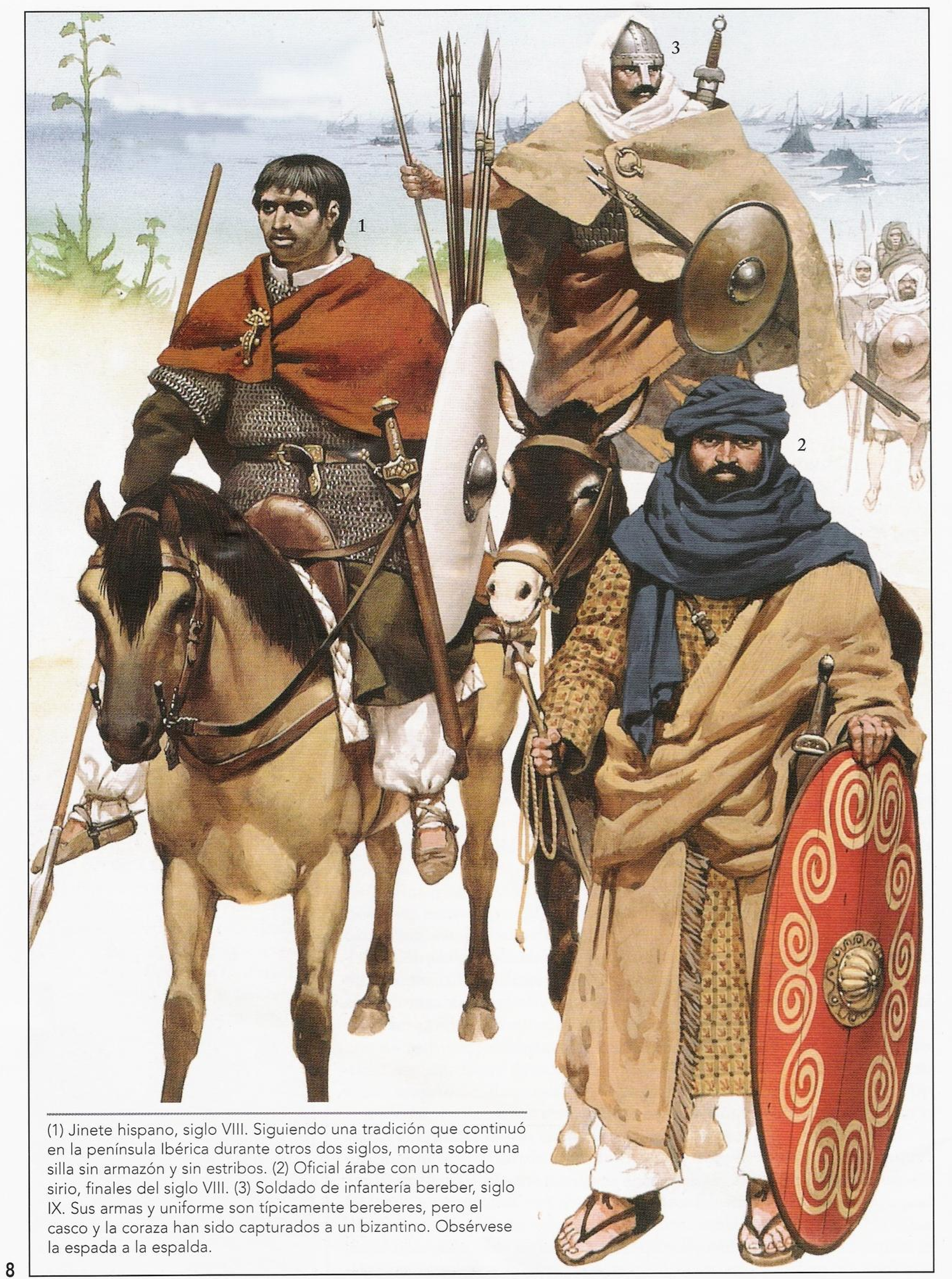
Tras esta derrota, el único estado que logró sobrevivir unos cuantos años más fue el de la dinastía nazarí, que continuó gobernando en Granada hasta 1492. Los nazaríes provenían de una familia de guerreros andalusíes de las zonas fronterizas que, en principio, mantuvieron su independencia al aceptar la soberanía cristiana y apoyar con sus tropas a sus señores castellanos. Mientras que los nazaríes fueron capaces de reafirmar su independencia, otros pequeños estados islámicos, sin embargo, se vieron absorbidos por sus poderosos vecinos cristianos.

Los ejércitos de al Andalus

En la conquista de la península Ibérica intervinieron varios pueblos. La mayor parte de los invasores eran guerreros bereberes del norte de África y del Sáhara. En términos militares, la caballería de las tribus bereberes era la más numerosa, aunque estaba deficientemente equipada, sobre todo, con pequeños escudos de cuero y una espada corta, si bien, tanto la infantería como la caballería usaban, en gran medida, las jabalinas. La infantería también utilizaba hondas. Su táctica consistía, generalmente, en lanzar una carga contundente, aunque la infantería bereber también construía empalizadas de madera o utilizaba camellos maniatados para formar un círculo defensivo.

Los diminutos ejércitos árabes que habían conquistado las vastas regiones de Oriente Medio y Asia Central constituían las fuerzas de ataque más refinadas de la época. A finales del siglo VII sus mejores tropas procedían de las tribus árabes de Siria. No obstante, los *mawali*, o "clientes" de diversas tribus árabes que se habían convertido al islam, fueron creciendo en importancia como soldados y en la estructura de mando. Los *mawali* formaban ejércitos separados, guia-

Tres soldados andalusíes del califato de Córdoba, siglos IX-X. (De izquierda a derecha) Guardia a caballo con cota de malla y almófar. El estandarte ajedrezado apareció por primera vez en al Andalus antes de que lo adoptaran las élites militares cristianas. El arquero porta un arco compuesto largo de estilo árabe y viste una armadura de algodón acolchada. El jinete con armadura lleva un casco, una espada y una lanza con aletas iguales a las de sus enemigos cristianos. El escudo con forma de cometa pudo haberse fabricado por primera vez en al Andalus. Sus espuelas son del estilo mediterráneo oriental.



(1) Jinete hispano, siglo VIII. Siguiendo una tradición que continuó en la península Ibérica durante otros dos siglos, monta sobre una silla sin armazón y sin estribos. (2) Oficial árabe con un tocado sirio, finales del siglo VIII. (3) Soldado de infantería bereber, siglo IX. Sus armas y uniforme son típicamente bereberes, pero el casco y la coraza han sido capturados a un bizantino. Obsérvese la espada a la espalda.

(1) A juzgar por la armadura de material blando de este soldado de infantería andalusí, debía de tratarse de un soldado de frontera o de un voluntario religioso. (2) Este soldado del siglo XI lleva un equipo casi enteramente europeo. Sólo el pañuelo y el pomo de la espada delatan sus orígenes andalusíes. (3) Jinete ligero bereber-andaluz, siglo X. (4) Arquero, siglo XI.

dos por sus propios oficiales, y los del norte de África tenían orígenes muy diversos, entre los que se incluían egipcios coptos, griegos, persas, bereberes, etc. Los *mawali* desempeñaron un papel crucial en la conquista de la península Ibérica; los cuatro principales generales (Tarif Ibn Malluk, Tariq Ibn Ziyad, Mughith "el Liberto" y Musa Ibn Nusayr) eran probablemente *mawali*, al igual que muchas de sus unidades de caballería de élite. Según una fuente, el ejército de Musa Ibn Nusayr contaba con 700 africanos, pero el grueso de los ejércitos invasores estaba formado por bereberes semiconversos, además de las guarniciones omeyas del norte de África.

Sin embargo, en la zona había otro grupo importante al que a menudo no se ha prestado atención: los judíos. La mayoría eran bereberes convertidos al judaísmo, a veces tribus enteras, y en algunas partes de las montañas de Marruecos estos bereberes judíos tenían sometidas a las vecinas tribus paganas. Puede que estos bereberes judíos hubieran entrado en la Hispania visigoda antes de la llegada misma de los árabes, quizás para apoyar a los judíos hispanos que sufrían persecuciones; e incluso se ha sugerido que algunas zonas del sur de España estaban controladas por guerreros judíos, locales o norteafricanos, cuando los musulmanes llegaron a Marruecos. Los bereberes paganos y los judíos pelearon codo con codo, aunque no se sabe si entre los últimos se incluían judíos hispanos.

Comparados con sus rivales, los ejércitos de al Andalus del siglo IX estaban notablemente avanzados. Las unidades de élite regulares descendían de las guarniciones de Siria que residieron en al Andalus a mediados del siglo VIII. Sin embargo, el grueso del ejército estaba formado por bereberes y descendientes de los andalusíes conversos, como la milicia de Córdoba, que aportó miles de soldados a caballo para las expediciones más ambiciosas. Los soldados reclutados de entre los esclavos y los mamelucos solían formar parte de la guardia personal del emir, aunque la guardia de Hakam I, por ejemplo, también incluía mercenarios cristianos del norte. Sus descendientes formarían el núcleo del ejército regional *jund* cordobés un siglo después.

Los soldados de Herodes aparecen representados como guerreros moros andalusíes en este relieve de entre principios y mediados del siglo XII que aparece en la fachada oeste de la iglesia de Santo Domingo en Soria. Reflejan el escaso equipo de las milicias de al Andalus. Sin embargo, los dos escudos de cuero curtido con quilla evolucionaron a la famosa adarga de los siglos XIV y XV. (Fotografía del autor).





Las tensiones entre los andalusíes y los norteafricanos se vieron agravadas por las catastróficas derrotas que sufrieron los andalusíes durante el siglo XIII. Los dos pueblos musulmanes tenían culturas y estilos militares muy diferentes, pues los andalusíes habían imitado a la caballería pesada y las tácticas de la infantería armada de sus enemigos cristianos, mientras que los norteafricanos seguían fieles a la tradición de la caballería ligera armada.

En el siglo VIII, la caballería andalusí se dividía en escuadrones, pero nada se sabe de la infantería. A comienzos del siglo IX el emir omeya Hakam I (796-822) impuso una estructura más regular que permaneció intacta durante mucho tiempo hasta la llegada del primer dictador amirí, al-Mansur [*NdT* conocido en España como Almanzor], a finales del siglo X. Básicamente, se distinguían tres elementos: los profesionales acuartelados en Córdoba y sus alrededores, los contingentes provinciales y los voluntarios, además de los que se reclutaban para operaciones concretas, y todos ellos, hasta cierto punto, estaban organizados por el *diwan* u oficina militar.

Los salarios dependían de la condición de cada uno, que a su vez reflejaba el origen, ya fuera descendiente de los *jund* sirios o de las fuerzas locales *baladi*. Los comandantes de los contingentes se encargaban de informar al general en jefe sobre los méritos de cada cual y quién se merecía una paga extra. A aquéllos que más se lo merecían se les daba gratificaciones y las "togas de honor", pero la mayoría de las tropas dependían en mayor medida de los botines. A finales del siglo X, un oficial independiente se encargaba de reunir y pasar revista a las tropas bereberes, y se hacía especial hincapié en mantener a los recién reclutados mercenarios bereberes separados de las formaciones más veteranas.

La mayoría de las campañas se lanzaban en verano, y en marcha, los ejércitos andalusíes del siglo X se dividían en cinco secciones de centro, vanguardia, retaguardia y flancos, estas dos últimas cubiertas por la caballería ligera. Los combates tenían lugar fundamentalmente en terrenos montañosos, en los que dominaba la infantería. El papel principal de la caballería era el de realizar incursiones de

larga distancia y apoyar a las sólidas formaciones de la infantería en combate.

Hacia el final del periodo Omeya, cuando los *hajibs* o "primeros ministros" gobernaban al Andalus como dictadores militares, se reclutó un mayor número de mamelucos y mercenarios. Algunos de estos últimos provenían del norte, pero la mayoría eran bereberes del norte de África. Los antiguos *jund*, por su parte, fueron distribuidos entre otras tropas de menor rango y perdieron sus privilegios.

Aunque durante la primera fase de su invasión la caballería árabe era escasa, la situación se mantuvo poco tiempo, pues la zona era rica en caballos. La caballería o la infantería montada desempeñaron un papel muy importante en las incursiones que los árabes realizaron al norte de los Pirineos, y se vieron reforzadas por el rápido alistamiento de los guerreros locales, tanto cristianos como conversos al islam. Los cautivos del norte y los prisioneros de guerra hispanos fueron reclutados por primera vez en al Andalus por Hakam I a finales del siglo VIII. Los mercenarios hispanos que sirvieron a las órdenes del sucesor de Hakam casi con toda certeza mantuvieron su fe cristiana. A mediados del siglo X los ex esclavos europeos fueron equipados como caballería armada, con cascos, cotas de malla y corazas, lanzas, escudos pequeños y cuernos de búfalo dorados.

Los ejércitos andalusíes atraían a gran cantidad de voluntarios, creyentes fervorosos, del mismo modo que muchos otros ejércitos islámicos de la época. Al igual que en el norte de África y Sicilia, los omeyas construyeron un sistema de fortificaciones costeras y fronterizas, no muy diferentes de los monasterios fortificados, dirigidos por voluntarios religiosos. Este concepto tendría una influencia fundamental en las posteriores órdenes militares cristianas. El fervor religioso podía crear grandes ejércitos, pero éstos solían carecer de experiencia, pues estaban formados por voluntarios que prestaban servicio en una única campaña. Las luchas fronterizas, en las que participaban los voluntarios *ghazi* norteafricanos por largo tiempo, eran un asunto a parte.

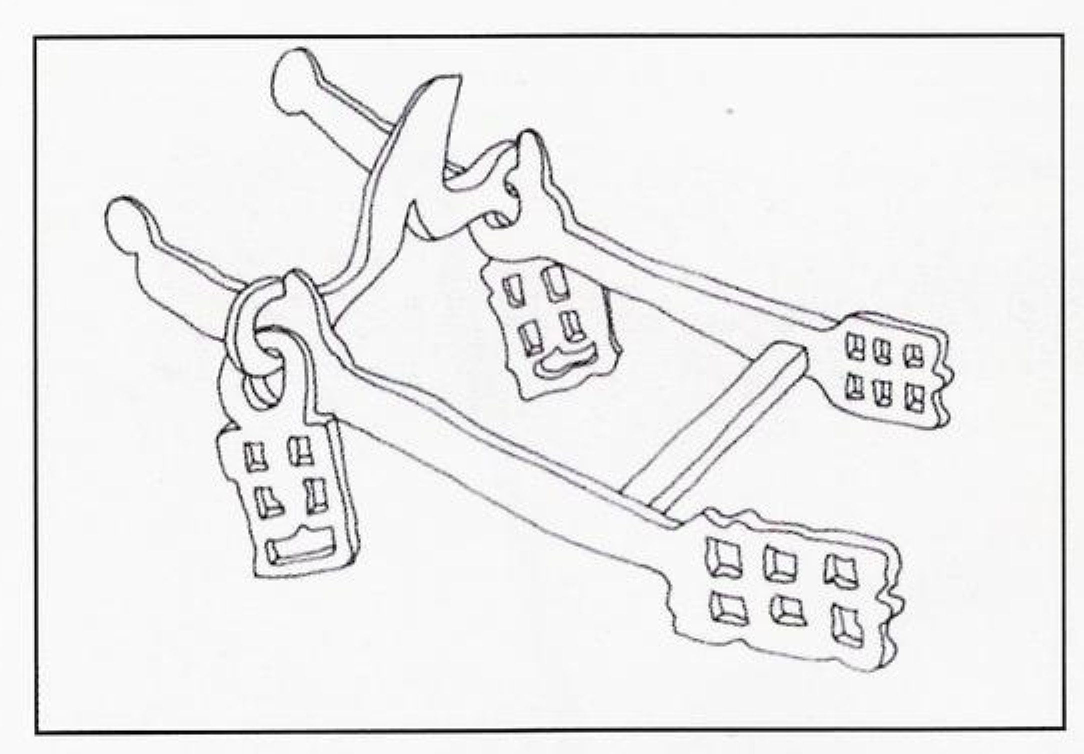
A pesar de su legado visigodo, que le dio a la península Ibérica una postura de ventaja en materia de caballería, los ejércitos de al Andalus no evolucionaron, mientras que los musulmanes orientales adoptaron nuevos estilos procedentes de Asia Central. La caballería omeya de Hispania, por ejemplo, tardó mucho tiempo en adoptar los estribos y las sillas con armazón de madera, aunque esa demora no se aplicó al bocado del caballo. El bocado de freno con barbada, que permitía al jinete un mayor control sobre su montura, estaba ampliamente extendido y fue introducido por los musulmanes en el siglo VIII. Aunque los bizantinos lo adoptaron en el siglo X, no fue conocido en Europa occidental, salvo España y Sicilia, hasta el siglo XI.

En al Andalus, sólo la élite profesional, o los *ghazi* de frontera estaban en condiciones de llevar casco y cota de malla completos en el siglo X, pero la armadura de fieltro, de cuero o de material acolchado era común y permaneció en uso hasta bien entrado el siglo XIII. Parece ser que todas las tropas utilizaban un pequeño escudo o rodela, aunque la caballería no lo empleaba cuando luchaba con la lanza. Otra de las armas que aparece en la España del siglo X es una maza de mango largo.

A partir del siglo XI muchas tradiciones andalusíes quedaron ahogadas por una oleada de influencia francesa. Esto siguió a un cambio en el equilibrio de poder desde el al Andalus musulmán al estado cristiano de Castilla en expansión. Uno de los ejemplos más claros fue

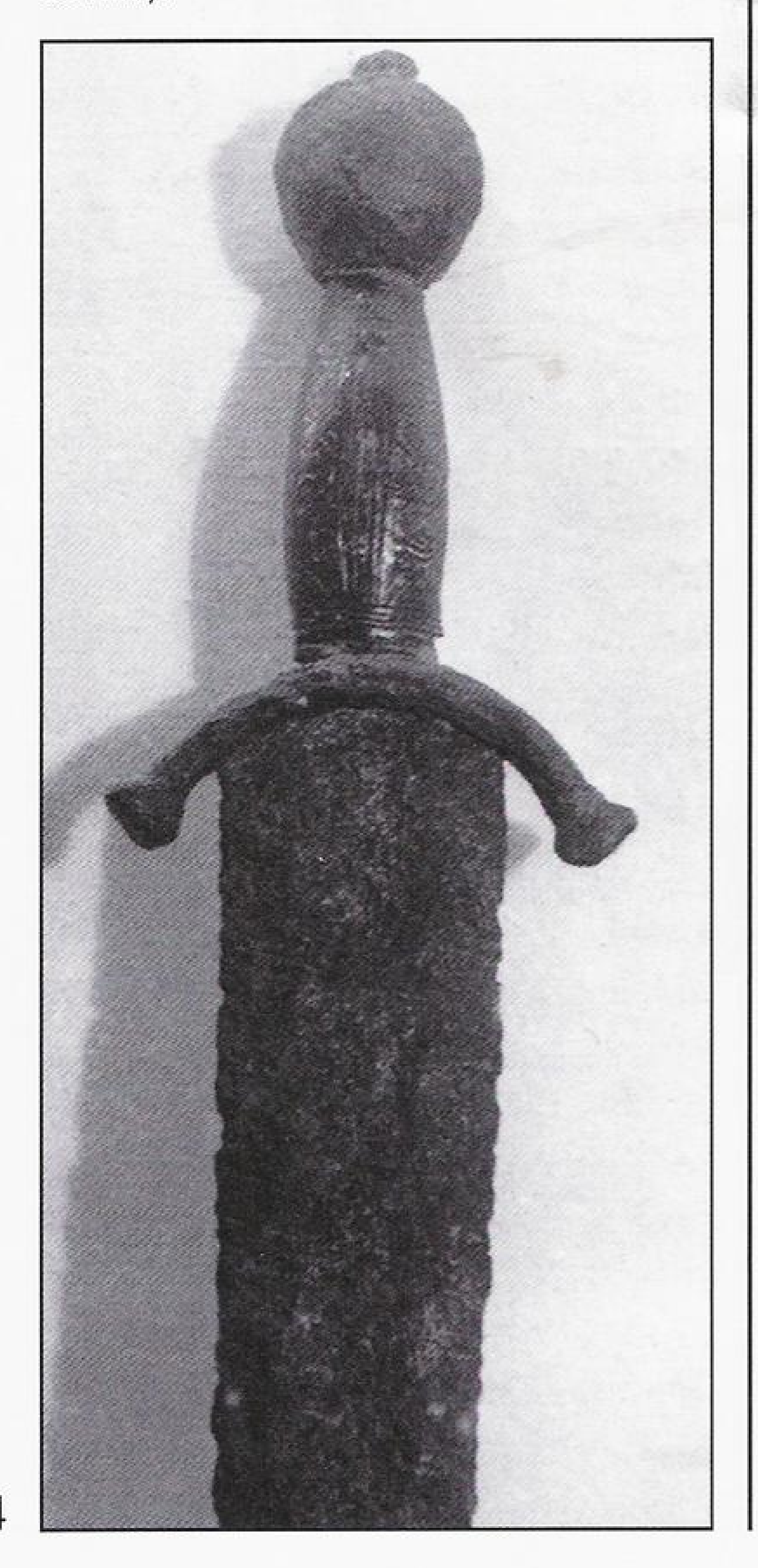


El declive de la España árabe, siglo XIV. (1) Jinete granadino. Obsérvese el efectivo escudo de cuero con los tachones típicamente moros y la característica empuñadura de la espada, con los largos gavilanes que se doblan a ambos lados de la hoja. (2) Voluntario norteafricano. El *litham* que le cubre la cara y el *burnus* que hace de capucha indican sus orígenes marroquíes, al igual que la daga ceñida al brazo. Lleva una coraza de cuero endurecido.



Bocado andaluz, de principios del siglo VIII o posterior. El bocado de freno con barbada fue introducido en Europa procedente de Asia, probablemente por medio del islam, y sustituyó al antiguo bocado de filete utilizado para los caballos de guerra.

Espada de Prado del Rey, cerca de Cádiz, probablemente de los siglos XIV-XV. La empuñadura de hierro es, probablemente, una versión árabe medieval tardía de un tipo utilizado en el mundo árabe desde la época preislámica. (Museo Arqueológico, Sevilla).



una postura de montar con las piernas rectas sobre una silla alta. Al principio sólo se vio afectada la pequeña élite, que ahora peleaba con cotas de malla o de placas metálicas, espadas, escudos más pesados, almófares que ocultaban la mayor parte del rostro y cascos, grandes o pequeños. Quizás el único rasgo que distinguió a la caballería andalusí de las europeas fue el uso continuado, por parte de algunos, del tradicional arco árabe. Una moda de marcado origen europeo era llevar la cota de malla como sobretodo. En el norte de África y Oriente Medio lo normal era ocultar la cota de malla bajo una túnica. Sin embargo, seguramente la mayor parte de los jinetes andalusíes aún carecían de cotas de malla, aunque sí es posible que llevaran las primeras versiones de las armaduras de fieltro.

Tras haber formado el grueso de los ejércitos musulmanes que conquistaron la península Ibérica en el siglo VIII, los bereberes fueron reclutados como mercenarios en el siglo IX, proceso que fue acelerado a finales de siglo y principios del X por el visir al-Mansur y sus sucesores. Sin embargo, también se reclutaron grupos tribales completos a los que se equipó como a los andalusíes. Durante este periodo la caballería ligera de Marruecos y Argelia lucharon con lanzas y espadas, a la manera de los jinetes andaluces.

Hasta principios del siglo XIV, los jinetes iban equipados como sus rivales cristianos, pero a medida que fue creciendo la influencia bereber, su armadura se fue haciendo sensiblemente más ligera. Llegado el siglo XV, la caballería ligera de Granada aún vestía corazas cortas, yelmos ligeros, escudos de cuero, lanzas cortas de hoja ancha y jabalinas.

Los pequeños estados andalusíes de finales del siglo XI emplearon las tácticas musulmanas tradicionales. La infantería cooperaba con la caballería y se mantenía en formación en espera de recibir el ataque enemigo. Se arrodillaban parapetados detrás de sus enormes escudos, que apoyaban en el suelo, y clavaban sus largas lanzas en el suelo, a modo de picas. Algunos también sostenían jabalinas, mientras que por detrás de ellos se situaban los arqueros. A continuación se colocaba la caballería, que cargaba contra el enemigo cuando se apartaba la infantería.

Al Andalus era una de las regiones más ricas en mineral de hierro de todo el mundo islámico, y aunque las minas romanas fueron abandonadas durante la época visigoda, resurgieron con fuerza bajo el gobierno árabe. Comparado con la mayoría de los países islámicos, al Andalus también contaba con gran cantidad de madera, necesaria para alimentar las fraguas donde trabajar el hierro.

A finales del siglo IX, y probablemente antes, al Andalus importaba hojas de espadas de la Europa cristiana; armaduras del norte de África o Egipto; armaduras y arcos de estilo turco del este de Irán; y espadas, lanzas y otros artículos de la lejana India. A cambio, al Andalus exportaba armaduras bañadas en oro y de otro tipo al norte de África, además de armas y arneses para los caballos.

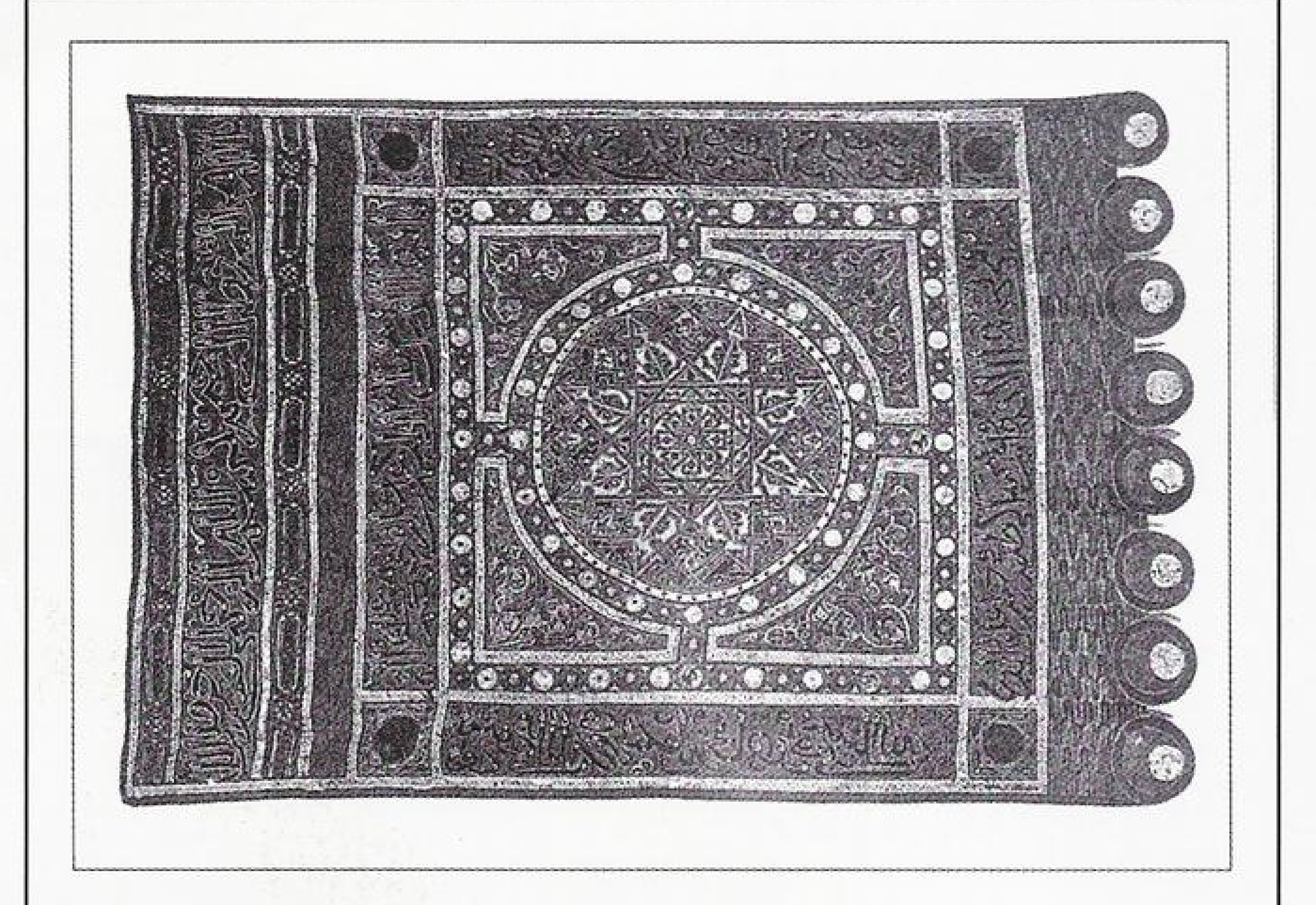
El armamento de los regimientos de élite se guardaba en los arsenales del gobierno, de los cuales, los mayores estaban en Córdoba y Madina al-Zahra, que manufacturaban 3.000 tiendas de campaña, 13.000 escudos y 12.000 arcos al año, además de 20.000 flechas al mes.

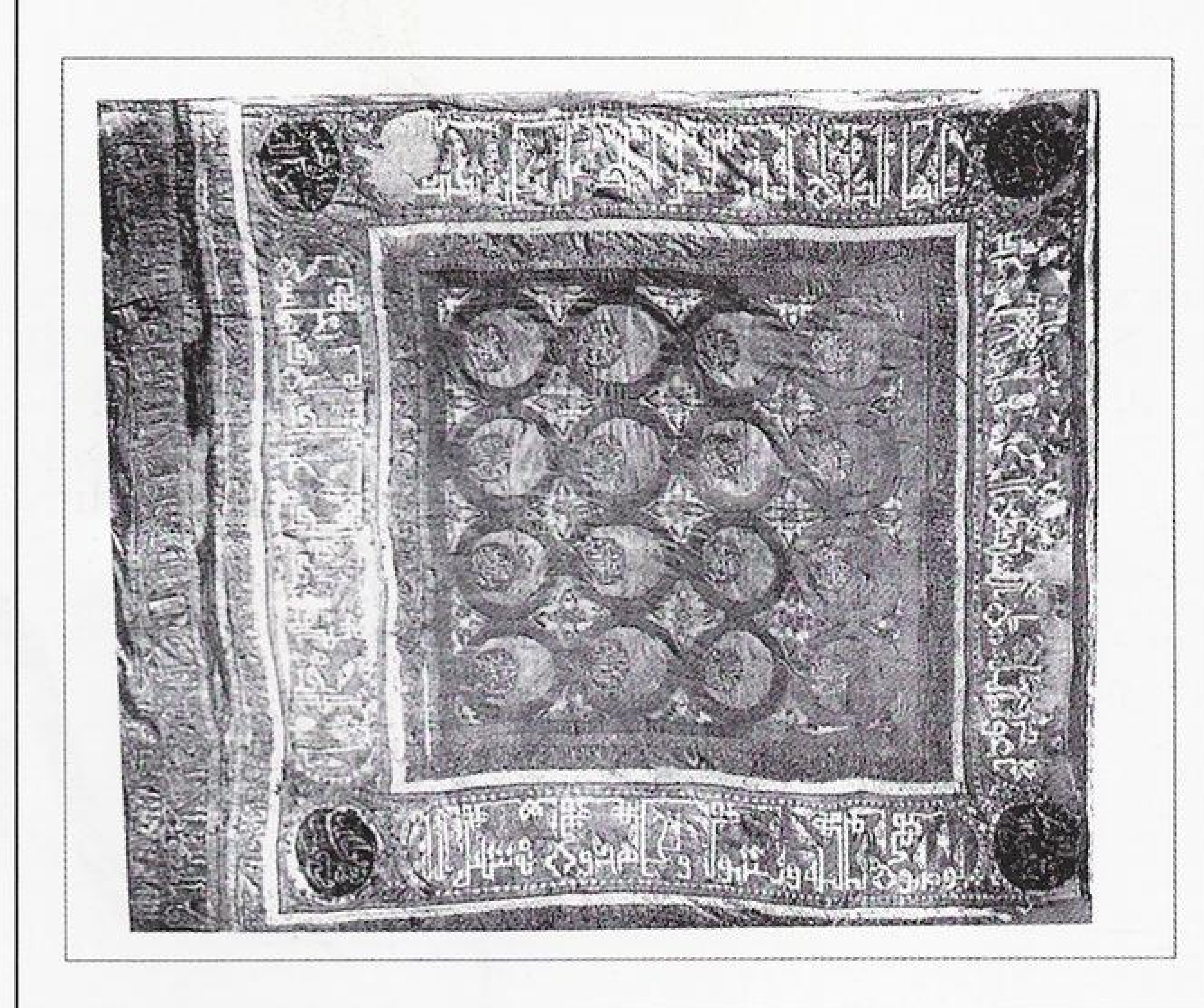
La cría de caballos era otro asunto importante. Por ejemplo, la comunidad mozárabe de la zona de Elvira proporcionaba las monturas para la guardia *mawali* de Abd al-Rahman I. Dos generaciones des-

pués, se construyeron cerca de Córdoba establos para los 1.000 caballos de la guardia de Hakam I, y hacia finales del siglo X el dictador al-Mansur disponía de no menos de 12.000 jinetes. Cerca de Sevilla y en las islas cercanas a la desembocadura del Guadalquivir se construyeron enormes cuadras.

Los ejércitos nazaríes del siglo XIII fueron notablemente innovadores. Los guerreros de las regiones de frontera *thughur* habían jugado un papel clave anteriormente, y en varias provincias fuertemente fortificadas se ubicaban castillos en la cima de una colina, controlados por una élite militar comparable a los caballeros de la Europa cristiana. Aún así, las tropas más eficaces no eran los caballeros con pesadas armaduras sino la caballería y la infantería ligeras (los almogáraves que citan las fuentes españolas de los siglos XIII y XIV).

El primer ejército nazarí estaba formado, principalmente, por la caballería y la infantería andalusíes del clan gobernante, pero los nazaríes también emplearon a voluntarios beréberes y mercenarios, además de una escolta de cristianos del norte. La sociedad de Granada continuó con su mentalidad guerrera, de asedio al enemigo, de manera que popularizaron las guerras por motivos religiosos e incentivaron la presencia de voluntarios norteafricanos. Sin embargo, estos *ghazis* del norte de África no fueron tan populares; de hecho, algunos gobernantes de Granada preferían cultivar sus relaciones con la Castilla cristiana que con el Marruecos islámico.





Las banderas islámico orientales incluían estandartes magníficamente decorados, de los cuales se conservan dos ejemplos. (Arriba) Estandarte capturado en la batalla de Las Navas de Tolosa, 1212. (Tesoro del Monasterio de las Huelgas, Burgos). (Abajo) Estandarte marinida capturado en la batalla de Salado, 1340. (Tesoro de la Catedral de Toledo).

Parece ser que la caballería andalusí posteriormente abandonó los pesados yelmos de estilo europeo en favor de unos más ligeros y ajustados. El famoso "jinete" o espada granadina fue diseñada para los movimientos de la caballería ligera y se fabricó en Granada, Almería y Murcia. Desde muy temprano, la principal arma de la infantería fue la ballesta, y también la utilizaban los jinetes.

Los principales centros militares fueron Granada, Málaga, Guadix y Ronda, mientras que los voluntarios norteafricanos tenían su cuartel general en la costa, en el castillo de Fuengirola. No sorprende que el aislado emirato de Granada diera prioridad a la fortificación, de modo que emprendió un programa de actualización a gran escala. Los defensores granadinos habían empleado los cañones contra los barcos cristianos durante el sitio de Algeciras en 1342-44, algunas balas y flechas de gran tamaño. Un siglo y medio después, los últimos defensores de Granada portaban armas de fuego que iban desde las ligeras armas de mano a los grandes cañones.

Las flotas islámicas trataron de mantener el estrecho de Gibraltar despejado para que Granada pudiera ser abastecida desde el norte de África, y, de hecho, antes de la pérdida de Gibraltar, un gran número de barcos de transporte tenían su base allí. El punto fuerte de la flota eran los arqueros y los ballesteros. El declive del poder naval de Granada definitivamente fue un factor clave en su caída final.